
*Piedepágina

AÑO 2 ■ NÚMERO 5 ■ AGOSTO DE 2020

WPM
World Poetry Movement
Movimiento Poético Mundial



Conéctate a las voces del mundo

#FestivalInternacionaldePoesíadeMedellín



Para mi padre, Jidi Zuozhuo Wuhelieju

Cuando la cuna fantasmal cae del cielo
la pluma de un halcón envuelve el tiempo, y tus pensamientos
lentamente clarean para una cachipolla ignota del tiempo robado
encima de montañas y ríos.

Tu cuerpo duerme acurrucado sobre su flanco izquierdo
igual que tus antepasados, y una muerte ancestral anuncia el regreso.
Es el cuerno de buey de todos los seres vivos, y lo repite
una y otra vez, pero ahora, más que otra cosa, suena a alborada.

La luz es el único mensajero, y esos caminos ya no conducen
a lugares extraños, guiando más bien tus cabras por las empinadas laderas del
[pesar.

Aquellos erizos que siempre hacen guardia no llaman tu nombre
aunque la otra mitad perdida de la libertad haya sido saqueada en el terror.
He aquí la última aceptación, y todos los espíritus y las personas
han de cumplir los ritos finales hasta completarlos.

No te extravíes, no todos los caminos pueden recorrerse,
siendo éste el recordatorio de que esas imágenes, cuando se abran,
no serán iluminadas por las estrellas, y que sólo en tu propio camino puedes
[atisbar

las huellas dejadas por la silla de montar. Un discurso inaudible gobierna las
[sombras falsas

que antes del ocaso perturban el sueño de las nueve antiguas palabras Yi
que fueron proclamadas.

Ésta es tu armadura, y quién aparte de ti
se atrevería a venir a reclamarla, pues el honor y los gritos alguna vez
hicieron desaparecer las bestias.

Todos los oídos saben de tu regreso, y no es el viento del amanecer
el que trae noticias, sino la armadura colgada en las paredes del cuarto ancestral
emitiendo los extraños sonidos de algo que se mueve,
y sólo los secretos de la muerte han de seguir siendo.

He aquí tu corona de plata,
gravada en el centro de la cascada solar.
Las alas escuchan atentamente las montañas ha luengo tiempo asentadas,
y el reloj de arena de las constelaciones es repatriado por un horno de huesos
[de cabra.

Deja que tus acompañantes reciban los ardientes guijarros rojos destinados
[a los dioses,

pues éste es un territorio denudado,
y todos los ojos pueden ver
desaparecer el halcón en el firmamento; no es el célebre sabueso de leyenda,
Kemaguo, mordiendo el hueso de un animal que no tuvo suerte, sino más bien
el cáliz de garra de halcón del adivino rodando desde la cresta montañosa hasta
[el valle.

¿Eres tú escapando de los grilletes del cuerpo,
o es que proclamas la genealogía de tu clan en calidad de guerrero?

El anuncio de muerte suele propagarse con más rapidez
que las noticias de éxito, y también viaja más lejos.

En este lugar que en el idioma Yi se llama Jilebute,
las montañas fueron tu única cuna y fundamento.
Cuando los cucos llaman y vuelven a llamar en las cordilleras,
aquellas horas quebrantadas no transcurren sólo en primavera,
y cuando la negrura se vuelve grietas y los gallos cantan a mediodía,
cae sobre Riduliesha una terrible nieve roja,
lo que significa que la Muerte ha levantado su bandera en lo más alto.
Algunos dicen que aquel día, incluso si llegara a venir el enemigo,
no se podría despachar soldados.

Elegía tardía

Jidi Majia

Sichuán, China, 1961

Frente al espíritu de contención y de mesura que uno cree deber esperar de una poesía china, la poesía de Jidi Majia, en sus momentos de gran aliento, como es el caso presente, adquiere en su transcurso pluvial y majestuoso una cualidad exuberante. Una memoria milenaria y bullente parece crisar esos versos prolongados que dibujan la conciencia de la herencia hecha presente. Esta poderosa elegía conjuga la lírica de la nostalgia amorosa con un ímpetu narrativo que la va convirtiendo en epopeya de un linaje resurrecto, profundizando en un tiempo y un paisaje ancestrales.

Jidi Majia es uno de los poetas chinos más renombrados en la actualidad. Ediciones Acirema publica este año 2020 su antología Del Leopardo de la nieve a Mayakovski, un repertorio que conjuga la simplicidad, subitaneidad y silencio de la tradición oriental con la acelerada exasperación verbal de una conciencia interior contemporánea, que calibra su mundo desde las raíces étnicas hasta la catástrofe climática.

Así es como han muerto siglos de hombres, sin cambio,
pero el deseo no debe morir asimismo. Las deidades de las montañas
[inspeccionan
el monte Abuzeluo, que es montaña sagrada.
Aquellos que han visto cuervos negros caer sobre los hombros
de los miembros de su clan como en un sueño
pueden morir en una prueba de vendaval de hierro, o morir protegiendo su honor
o morir de un destino siempre cambiante, o morir a raíz de una broma celestial,
pero no morir de provocación humillante, un escupitajo borrando su reputación.

Hay muchas formas de morir, pero sólo hay dos tipos de honor y de vergüenza.
Incluso hoy, los textos clásicos del sumo sacerdote Yi Hebishizu
siguen guardando los nombres de los sabios
y de las personas virtuosas, y su visión ha ensanchado y alumbrado ese camino
aunque el panegírico perdido se despliegue de nuevo, y los que todavía cultivan
[la tierra
indaguen sobre los cuellos rutilantes de los bueyes, pero después de trillar el
[grano,
el amargo trigo sarraceno alimentará a los hijos de un pueblo
en las temporadas más inclementes.

¡Oh, tú que regresas! Cuando las almas de los difuntos entran al país de la
[blancura,
un precipicio se desliza en el Cielo sobre el angustiado hueso coxal de las
[montañas.
El destal de los antepasados ha desenterrado el limen entre almas y espíritus
[humanos.

Ven a comer avena a manera de homenaje, esto es el libro secreto del firmamento
y Shimumuha, el peñasco donde se juntan las almas, es arrancado
por un caballo-espíritu al que le da por sollozar.

Éstas son tus pisadas cruzando con harta prisa los reinos espirituales y humanos.
La cera de abejas en tu oído izquierdo recoge una luz vertiginosa, y tus hombros
son respuntados con unas conchas de almeja.

El rebaño de la diosa Pumoliyi es tan sosegado como montón de piedras al
[atardecer.

He aquí los dones de los espíritus, concedidos a la humanidad fértil.
Sólo la adoración de los antepasados es capaz de asegurar el descanso de los
[fallecidos.

Puedes usar la fina vestimenta de un largo periplo, pero cuando empiezas a correr,
tus pies descalzos todavía rebozan del enorme poder del mundo salvaje.

A medida que los espíritus cruzan los cielos y las cordilleras, se niegan a entrar
al dominio del deseo y de la violencia, y sólo los niños de tres años de edad
pueden vislumbrarlos de manera fugaz, con sus ásperos pies descalzos.

¡Oh héroe! Escondo tu nombre en la luz.
Tu vida entera ha de reaparecer y esfumarse en la lobreguez y la oscuridad
[vertical.

Es una lentitud de lejanía, un Jier para una puerta abierta.
He aquí tu infante mamando el pecho de la madre,
un embrión de mujer, su belleza coincidiendo
con la memoria, un dedo diminuto que hace temblar un arete,
una belleza entre las bellezas, un pariente genuino del Agachamo
y descendiente de ese clan que cruzó el río prendido de la cola del buey-espíritu.

He aquí tu flecha que disparada recorre el monte Yimuzemu, la montaña sagrada,
y es la encarnación de un antílope, y tú miras los alerces jugando en el sol de
[invierno,
agradecido por la presa que cazas, tragando la hambruna de color ocre.
Volviste a una pupa imaginaria, las alas de la infancia mordedoras de luz.

He aquí tu escalera a los cielos, un nido de avispas arrancado de un acantilado,
y cada amiguito abre la boca y cierra sus ojos colmados,
feliz, recibiendo con fruición la miel dorada que del cielo cae.

Eres tú en la colina trasera de Dajishaluo, escuchando la historia del viento
mientras oyes el sonido de ovejas deslizándose en los acantilados de ese lugar
[distante.

Es el toque de la brida, el sitio donde se puede disfrutar de una comida deliciosa.
Un niño pastor conspiró para empujar una oveja por la borda del acantilado.
Quién pudiera explicar entonces los secretos de la juventud,
pues los humanos siempre se valen de los mismos viejos trucos.

Éste es el primer atisbo de los regalos que brinda al cuerpo el amor
al descubrir la guitarra y la flauta dulce, y la posibilidad de pureza en la muerte.
El Festival de la Antorcha se expulsa en bufandas y en los dulces de la gente

Ésta es tu armadura, y quién aparte de ti
se atrevería a venir a reclamarla,
pues el honor y los gritos alguna vez
hicieron desaparecer las bestias.
Todos los oídos saben de tu regreso,
y no es el viento del amanecer
el que trae noticias, sino la armadura
colgada en las paredes del cuarto ancestral
emitiendo los extraños sonidos
de algo que se mueve,
y sólo los secretos de la muerte
han de seguir siendo.

de pantalón estrecho que reavivan las promesas de las estrellas,
un festival de los ojos y de la libertad, el lecho húmedo y resplandeciente de la
[tierra.

Con tu genealogía de héroe, ¡les dices quién eres tú! Ahí donde acaba la naturaleza
humana, resistes a la timidez del cuerpo, anhelando la inmortalidad del espíritu.

Aquí te guían los nombres de padres e hijos, lanzas y escudos te brindan una boca.
No hace falta descubrir la verdad, los dioses están grabados en el lado derecho
de la corteza de árbol seco.

Si no son las cenizas de la tierra, entonces debemos enarbolar la voluntad de ser
[libres

y aclamar a Chikeboxi! El birimbao es el lenguaje de los poetas,
y porque existe, el amor puede salvaguardar la nobleza, la sutileza y la modestia.

Ésta es la primera vez que tú y el lenguaje llegaron a hacer suya la leyenda del
[fuego.

De sabio Degu aprendiste aforismos, y él te enseñó a observar el Sol y la Luna.
Cuando los ciervos ribereños de Mabuhooke emiten sus tiernos bramidos de
[celo,

el sonido antiguo supera con creces la historia que conocen los humanos.

Al amanecer siempre te apurabas en abrir la puerta de madera
y a disolver Erbixvi y Kezhe en agua, dejando que las cabras negras
y las cabras blancas laman las somnolientas estrellas colgadas entre laderas
[de montaña.

En un sueño, aceptaste el regalo de la oveja de dos lenguas, Yuegehajia,
y su llamado lejano hizo que la esfera celestial apareciera en un cuenco de agua.

Tus hermanos de relámpago y campana de cobre son hijos de cóndores y ámbar.
Eres el jefe elegido por generaciones de letras celestiales de tigre y leopardo.

Los orificios maternos pueden ver la estructura del dolor.
¡Oh espíritus! Todos son huérfanos,
y si es que no lo has visto tú mismo, entonces debe ser falso,
pero la certeza verdadera es cosa aun más rara. Cada pueblo tiene su propio
tiempo de héroes, sólo hace falta saber cuándo se habrá de dar.



Tu coraje y tu perspicacia atraviesan una comarca entera,
y la protección de los ancestros siempre te ha envuelto amorosamente.

He aquí un gran clamor, pues algunos alegan que cuando se mata injustamente
a una deidad de las montañas, la ofensa debe pagarse con la vida, o mejor aun,
que con sus manos los parientes consanguíneos estén obligados a sacrificar

[un buey!
[acabarse,

liquidando así la deuda final.

Éstas son las Escrituras familiares, y la hoz de mango largo que nos fue heredada
cosechó las noches y los días de nuestros mayores mientras yacían aturdidos

[por el opio.

Ahora sólo tú lo sabes, si es que aún logras sobrevivir.

La gente y los demonios te consideraban demasiado joven.

Ahí estás tú escalando un álamo, y con justa razón
disparando a un leopardo que amenazaba a una mujer embarazada; en su pelaje
quedó un agujero como lo es su destino segado, y para ti extendió
un lecho mortuorio, o tal vez sea la postura de un mata-llamas acostado en

[la tierra

con los brazos y piernas en cruz.

Mientras permanezcan las montañas, gavilanes y halcones se deslizarán
con alas encendidas, y las sillas de montar de los guerreros aguardarán,
y tú te volverás inmortal.

No fue en el dosel de las estrellas que descubriste lo que es la muerte
y que rechazaste el miedo a la descomposición; fue por tu deseo de significado
que supiste por qué uno debe luchar ferozmente contra esa oscuridad
oculta y sin nombre.

Otros no nos enseñaron cómo flotar a la deriva encima de esta comarca,
y es porque creamos nuestros propios festivales, el único tiempo de ingravidez
en el que alcanzamos a ver la flor de la existencia, y podemos,
por el más breve momento, rechazar la muerte.

Si el sagrado Monte Zhekemutu no te hubiera concedido poderes místicos,

el cuerno de buey no hubiera podido aullar como lo hace una tormenta.
Alguna vez observaste las estrellas y la avena como si fueran gotas de rocío
en un paisaje de ensueño,
y la sensibilidad del cuerpo te hizo conciente de todo lo que iba a suceder.
Ese instinto que te lleva a defender la libertad estaba bien versado
en las fluctuaciones del sol y los cambios de estaciones,
y finalmente eligió la piedra sólida en lugar de alas flotantes.

Éste es un momento en el que cambian las órdenes y los principios.
Todos deben pasar por las dobles pruebas de vida y destino,
No sólo como parte de lo que ha sucedido como lo son la revolución y la guerra.
Que nuestros hermanos y hermanas se mantengan firmes
bajo los embates de aguaceros y tempestades, testigos de la esperanza,
Veamos fluir sus lágrimas, cuerpo y espíritu asumiendo la pesada carga
de llevar a cuesta las piedras celestiales.
Tus pies descalzos estaban acostumbrados a las espinas,
pero ¿quién conoce ahora el dolor de las llamas?
Sin importar cómo varían las constelaciones caóticas entre palabras ignotas,
tu entendimiento y descarte de las cosas comprueban que siempre has sido un Yi.

Duermes profundamente, recostado en el muro de arcilla, resistiendo
[necesidades
que no son del todo humanas, juntando una nueva realidad, dando amor a
[mujer y niños.

Eres una semilla libre, y tu caballo siempre está sosegado.
Cuando la noche modifica los contornos del cielo, tus pensamientos cobran vida
emparejando el águila y el corcel. Eres un héroe
y agarras el sol con los dientes, sin decepcionar la luz resplandeciente.
Tú y el dios del vino siempre estuvieron enredados,
y lo usaste para derramar tu corazón.
No sólo eras tú —sus maravillas han destruido otras existencias humanas.

En vida, tú elegiste el lugar de tu propia creación.
Desde ahí puedes ver lejos, rumbo a Zizipuwu .
A tu hijo mayor le dijiste que la copa de beber siempre se le pasa al que está
[ausente.

Tantos de nuestros mayores no vivieron para alcanzar tu edad.
A todo ser vivo se le tomará de vuelta, y sólo el fuego ha de cumplir sus promesas.
Las estrellas, ganando en velocidad, no han cambiado la posición del yunque.
Tus ritos funerarios son mañana, y el débil trueno al filo del horizonte nos indica
que los miembros de tu clan y tus parientes habrán de llorar, estando de luto,
y que verán partir tu espíritu.

¡Oh héroe! Cuando el amanecer brille al caer de las alas extendidas de los pájaros,
los mensajeros de la luz se pondrán de pie entre las montañas, solemnes y
[deferentes

como los estudiosos del Sol, y esperarán hasta ese momento
en que la cabeza del buey a sacrificar refleje la imagen del hachuela, y la piel del
buey cubra las máscaras del dolor, pues ésta es quizás el ingreso a otra vida,
otro retorno a la placenta de la tierra, y la muerte también ha de ofrecer un
[panegírico

y dejar que cada persona presente en el ritual comparta la comida.
Mientras aun vivía, el difunto a menudo alegaba que ésta era su petición final.
Para ensalzar tu virtud, las mujeres vestidas de negro
hablan en turnos alabando tu gloria, y las costillas de las palabras
quedan incrustadas en poemas, una suerte de emoción sólo presente en la
[médula.

Aquí confiarás en la grandeza de las tribus, y la tristeza del espíritu difunto
se tornará alegría, pues tú yaces en el abrazo del amor y del afecto,
y cada vez que el sonido del llanto marque la herida, la sangre oculta
goteará hacia el corazón del aire, y ¡oh, la cuerda del instrumento chasqueará
[de nuevo!

Los muertos pueden seguir escuchando la voz de los vivos, ¡yo confío
en que tú sigues aquí!

Cuando mi hermana casada dice: "¿Quién escuchará ahora
mi llanto?, se juntan las lágrimas en el rabillo de tus ojos.
Anfitrión y huéspedes usan las lenguas de la poesía Yí para determinar éxito
[o fracaso,

preguntándose cuándo llegará la muerte eterna al mundo humano
y cómo se reúnen nuestros parientes difuntos en ese mundo de blancura.
Cuán irrisorios, cuán triviales los seres vivos que residen en el tiempo, tanto así
que sólo los guerreros espirituales y los sabios dejarán nombres que vivan
[para siempre.

Las oriflomas de despedida forman una línea, como las tribus Guhou y Qunie
volviendo a nuestra historia migratoria, y ¡oh, el exilio espiritual seguirá sur curso!
La carnicería de bueyes y cabras consuela a los vivos, y los muertos del ayer y
los del mañana no son diferentes, pero las huellas que deja la muerte
permiten que los narradores nos sobrepasen y entren sigilosos en los confines
[de la vida y de la muerte.

Allí viene de regreso el éxito rojo, el cielo se llena de líneas trazadas
con huesos de cabra, y hoy día es cuando satisfacemos a los espíritus: confío
[en esto.

¡Oh héroe! El antiguo sol mana un caudal de rayos misteriosos,
y la escalera que sale de las montañas y de la tierra se levanta en un espejismo.
Bimo nuevamente empuña el báculo que ha despedido la luz,
y en el paso final, encuentra el agua corriente que guarda en ella todas las
[posibilidades.

Alzan al muerto sobre su lecho de madera, y éste se va meciendo
como si estuviera en la primera cuna,
cuerpo dormido sobre su lado izquierdo, como si aún estuviera en el vientre
[materno.

Éste es el último regreso triunfal, y entrarás entonces al palacio del oráculo.
Ves esa pendiente translúcida que se abre en muchos escalones
[multidimensionales,

y en el lejano río flota una semilla cuya posición en el universo no ha sido fijada.
Las voces que envían el espíritu se alzan y decaen, como si cayeran del cielo,
y los ecos en espiral parecen surgir de la irrealidad bajo nuestros pies.
Los que te despiden no miran con perspectiva, pero Bimo y tú son capaces de ver
ese camino oscuro que tú no puedes recorrer, el camino del diablo.

Recorre a pie el camino de blancura, ahí donde los antepasados anduvieron
[descalzados.

Verás cosas irreales revivir en la verdad, y entonces el cuerpo se divide.
Un orgullo de tigre despunta al centro de un panegírico plateado, el tiempo se
[torna flor,
los árboles sonrían al aire libre y el álgebra del séptimo espacio se extiende en
[las rocas,
y los peces invisibles vuelan por encima del río mientras que el vidrio toca
[melodías

en las barbas de las cabras monteses;

el blanco y el negro ya no son colores opuestos, el azul domina
sobre el tiempo, que acaba de cambiar, el púrpura y el amarillo no están
[en sus puestos.

Ves en el horizonte una grieta que poco a poco se va abriendo al multiplicarse,
y allí un pergamino revela una página reflectiva; el piso de la luz sigue subiendo
y unos pilares anuncian tu llegada, mientras que una imagen desvaída cubre
[las rodillas.

No hace falta que la ley nos obligue a cumplirla: esa blancura demarca un
[nuevo rito.

Éste no es el castillo del futuro, y las suturas no dejan rastro en su estructura.
Aquí no hay guerra, sólo millones de jardines zoológicos que han pasado por los
sueños, y aquí no hay cubiertos de platería afilados, sólo cucharones maleables.
Aquí no hay rangos ni líderes, sólo escaleras listas para la Osa Mayor.
Las ideas claras ya no se expresan, las perlas del lenguaje ruedan en la
[desnuda claridad.

Nadie se burla si tomas el tazón equivocado, y las estrellas no ceden
ante falsos proyectiles de artillería.

Aquí sólo está lo blanco, y cualquier existencia insignificante será destruida
en aquella blancura.

El esqueleto de la blancura se ha abierto, y desde lejos parece una hoja en el
[universo.

¡Oh héroe! Te han levantado sobre nueve capas de madera de pino,
el fuego de la cremación.

Muquielehe, la montaña sagrada más cercana al Cielo, es el lugar consagrado
de nuestros antepasados.

En los linderos de la arena eterna, donde sólo el sol y el fuego pueden rugir para ti,
tu cuerpo está cubierto por un manto impecable, el vínculo final entre vivos
[y muertos.

Puedes escucharlo, nuestros gritos en el valle elevándose hacia las alturas azules,
los humanos y el universo cantando en un coro, y todas las abejas
salen brotando de las notas de cristal.

He aquí el poder y el misterio de nuestro idioma, lo único capaz
de hacer llorar a la gente.

He aquí la tradición del padre de la humanidad, que debe traspasar el oscuro
[espacio

que carece de adornos.

Acaba de llegar aquí, es tu susurrarme diciendo que ha comenzado tu
[inmortalidad.

¡Oh, padre nuestro! Eres el héroe de todo lo significativo.

Respirar, vivir, sufrir, luchar y amar, todo eso hiciste.

Puedes verlo, en la reluciente puerta, con tus ancestros vistiendo las mejores
[prendas;

la gran ceremonia para ti llega a su fin, y ahora te encuentras en otro mundo.

¡Oh héroe! Nadie sino tu hijo encendió para ti el fuego de las llamas finales.

**Imagen de Morella Jurado*





Luis Alberto
Crespo

El Estero de Camaguán queda en el más allá

Vivir es peligroso, me vuelve a decir Riobaldo Tatarana entre los carrascales de Gran Sertón Veredas. Eso queda en los llanos peludos de Minas Gerais, donde todavía están esperando que llueva; pero entre aquellos pejugales del nordeste brasileño por donde transitara João Guimarães Rosa en su obra maestra, y las sabanas empalmeradas y atragantadas de agua del Estero de Camaguán, que oyeran gritar por primera vez a Sael Ibáñez, media el mismo infinito, no porque mi amigo de ojos verdes, a quien hace unas horas se le detuvo el corazón, cediera sus dones de inventor de prosa de admirable fantasía a las calientes intemperies de su patria tendida sino, a lo mejor, por su obsesivo nombramiento de la muerte y otrosí, por la machura (el término es de Saint-John Perse) con que se hace de lo tosco, lo abrupto y hasta lo sordo (como es del uso de las puyudas caatingas sertoneas) y echa a un lado cualquier broza que tropezara con la confianza narrada, porque ésta sucede, es verdad, bien lejos de las insolaciones y los rebalses del río Portuguesa cuando se lo traga el Apure, el perezoso y leonado Apure.

¿Por qué?, le pregunté a Sael, ampuloso de espaldas y con arrostos de viejo soguero. Entonces me habló de su hogar en los conventos, de cuando Dios determinó que le sirviera a sus improbables designios con sotana y misal; y también me habló de sus ratos de viandante y desocupado lector en Madrid de los agobios —no sé si antes o después— del recado académico que sufriera en las salas de la UCV. Porque bien pudo haber sufrido de nostalgia lírica, ¿no?, ese insecto picador de la memoria, acaso más asediante que la pálida y picuda jauría zumbadora de la plaga en la charcas de la calle enzanjada donde naciera.

No, me dijo, que no usó caballo alguno para acortar la modorra de lo inmediato, como hiciera la espuela que calzara el poeta y orfebre de la lengua Arnaldo Acosta Bello, paisano suyo y compañero, desde hoy, en el olvido. No, insistió, porque el paisaje de su añoro fue una celda de novicio seminarista y la Plaza Mayor madrileña, sus frecuentaciones en los bebederos de chatos en Lavapiés y las recoletas horas de lecturas en las bibliotecas. Pero nunca los palmares, nunca el río Portuguesa avasallando las costillas de Camaguán, anegándolos hasta la altura del nido de los arrendajos. Tampoco los llaneros y sus caballos echando para atrás el horizonte.

¿Cuándo se supo escritor? ¿Alguien se lo preguntó? Sólo sé que José Balza fue su deidad. De él aprendió a visitar lo que le ocurre a las emociones, más que a sus cercos. A labrar (más que a escribir) una prosa como quien desdeña el regodeo adjetivista, y sobremanera, a no desatender la elección del objeto último de la ficción: su eficacia en el fulgor último, sobretodo si éste se diera desde el primer párrafo. Y eso hizo, pero cuidando en no desatender a su reclamo más íntimo: el de ser él mismo, como hiciera



Humberto Mata, el deltano de la narrativa perfecta, su coetáneo de la vividura, en la astrología y en el oficio.

¿Por qué insisto sobre su vecindad con Guimarães Rosa y la muerte? ¿Por qué los lamederos de la sabana guariqueña que fue su patio de juego y donde anduvo conmigo el llanero Tatarana en la lectura de *Gran Sertón Veredas*? Acudiré a uno de sus libros, la novela *Vivir* atemoriza. Hay humor allí (es casi su aliada) y, eso sí, hay la fatalidad, explícita y escondida. La muerte no es a la que esperamos encontrar: es su excusa. Y no es ostentosa, no: lo que le importa al autor es narrar, narrar desde y en lo puro; pasar de largo frente a la idea fija y lograr perplejidad en el lector. Por eso todo desenlace es inocuo.

Uno no refiere el contenido de las invenciones de Sael como si hablara por teléfono, según el lugar común.

Lo supe a fondo cuando un día me cedió su hasta ahora único libro de poemas, *El ABC de la intuición*, para que yo escribiera un prefacio. No lo hice: lo que suscribí fue, línea tras línea, mi emoción. Allí me encontré con su infancia.

Más tarde hizo de ella confianza al poeta Anto-

nio Trujillo, quien lo anduvo buscando para convertirlo a vivir en su libro de melancolías: *Regiones verbales*, donde los poemas hablan de sí mismos como si fueran sus propios autores.

En su confesión a Antonio Trujillo, Sael caminaba sudoroso por los barriales colorados de Camaguán cuando unos curas y monjas de seminario lo llevaron consigo para que fuera encontrar a Dios en una celda. El quería que se lo llevaran. “¿Me hablas a mí de nostalgia?”, y le respondió al poeta de Malvasía con cierto gesto del dedo imposible de traducir.

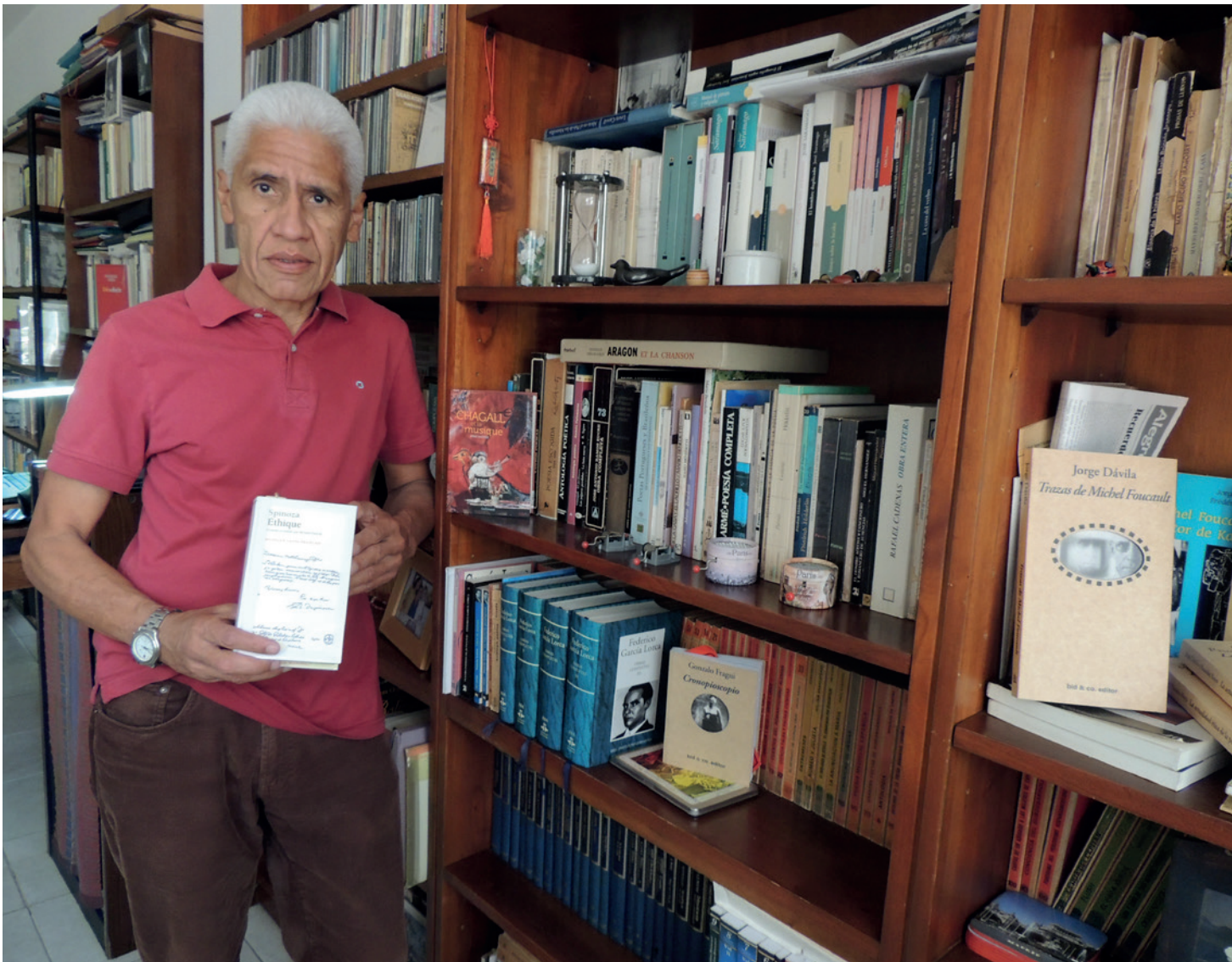
Fiel a sus propósitos de evadir los excesos de lo evidente, en su solitario libro de poemas, tal vez la materia de que está hecha, no sé, la prosa de *La noche es una estación*.

En él la poesía (ella no suele ser muy asidua de la excesiva confianza, del miserabilismo y menos de lo lastimero) revela el despojo de lo divagante y el privilegio de lo escrito como arte, por lo que en *ABC* no se da nunca el susodicho estorbo del yo. Es el tiempo el que ejerce su señorío, el tiempo y la memoria. Es la eternidad. Siempre, creo, fue su personaje escondido.

Ahora es su obra interminable.

* DESDE LA BIBLIOTECA DE

Jorge Dávila



Es el turno de Jorge Dávila (escritor, traductor y profesor universitario) de mostrarnos su biblioteca. Qué es lo que la hace tan especial para él, y qué de ella nos atrae a nosotros los lectores, es lo que queremos presentar acá. Nuestro autor es un gran estudioso de la obra de Michel Foucault y miembro del Centro de Investigaciones en Sistemología Interpretativa de la Universidad de Los Andes (Mérida). Ha publicado *La rebelión de los gerentes y el petróleo venezolano*, *Bolívar y Spinoza*, *reflejos doctrinarios*, *Trazas de Michel Foucault*, además es compilador y traductor de títulos de Foucault y Pautrat.

1. Cuántos libros hay en tu biblioteca.

La biblioteca está repartida en tres sitios; en total unos 3.000

2. Cómo la organizas.

Preferentemente por materia y luego por autor

3.Cuál es la materia y género que abunda en tu biblioteca (filosofía, ciencia, política, poesía, narrativa, etc.).

Filosofía, ciencias sociales, ensayo, narrativa, poesía

4. De los libros que tienes en tu biblioteca, cuál es que guardas como irremplazable y por qué.

Los funerales de la mamá grande, de García Márquez. Primera edición y está dedicado por el Gabo a Domingo Miliani.

5. Cuál es el libro más antiguo de tu biblioteca y cómo llegó allí.

Ningún incunable. Lo más antiguo data de los años 1940.

6. Cuál de los títulos de tu biblioteca cambió tu vida y por qué.

Ninguno la cambió, todos la formaron... y la forman aún...

7. Cuál es el libro que has comprado más de una vez.

Muy variadas ediciones de la *Ética* de Spinoza

8. Cuáles libros te prestaron y no devolviste.

Sólo uno: *Lógica y conocimiento*, de Bertrand Russell

9. ¿Y el que prestaste y no te devolvieron?

Muchos. Siempre he procurado olvidar cuáles y a quiénes los presté.

10. De tu autor, o autora favorita, cuáles títulos tienes.

De Michel Foucault, todos (salvo uno que otro prestado)

11. Cuál es el libro que nunca quisiste tener en tu biblioteca

Ninguno

12. Cuál es el libro en tu biblioteca que no has podido terminar de leer.

El Ulises de Joyce

13. Y al que vuelves siempre...

Las Obras completas de J. L. Borges

14. Cuál es el libro de tu biblioteca que te hubiese gustado escribir y por qué.

Amor y terror de las palabras, de J. M. Briceño Guerrero. Porque, mi lenguaje no alcanza ese lenguaje...

15. Hay algún objeto valioso, que no sea libro, que exhibes en tu biblioteca.

Fotos de mi familia; verdaderamente valiosos: ellos...

* **ESPECIAL**

Por Juan Calzadilla



Armando Rojas Guardia

Siglo XX

Esta noche
al pasear por la avenida
de pronto
detrás de la funeraria
iluminada **SERVICIO DE CAPILLAS**
se veía claramente un escritorio,
se adivinaban los papeles
(contabilidad y recibos)
La Estigia de color de cheue.
Caronte vestido de flux.
La Danza de la Muerte
(¿qué se hizo el rey Don Juan?)
alquilando su cadillac lustroso
para entrar, tocando la corneta,
en ese inapelable, último polvo
de un archivo en la oficina.

La muerte de Armando Rojas Guardia (1949 - 2020) despoja a la poesía venezolana de uno de sus actores más lúcidos: guía y pedagogo de la escritura poética y quizás el de mayor rendimiento en la tarea de formar nuevos valores con que contábamos en nuestra poesía, y a la que había entregado todas sus energías, durante casi tres décadas. Independiente y de espíritu antigregario y rebelde, Armando militó eventualmente en los grupos que contribuyeron críticamente a construir una apuesta combativa y vanguardista en la nueva literatura, como fue el caso de los grupos *Tráfico* y *Guairé* de los años 80.

Armando ayudó también a fortalecer teóricamente al grupo *Calicanto* y su revista, que dirigía nuestra Antonia Palacios. Católico confeso y polémico, ensayista y lector contumaz de los clásicos de la teología cristiana, el talento místico que embargaba a Armando parecía no entrar en conflicto con la libertad con que se entregaba al magisterio y a una poesía directa, individualista, sensual, atípica y testimonial del ámbito urbano y fraternal en que transcurrió su apasionante vida en Caracas.

Entre sus principales libros de poesía se encuentran: *Del mismo ardor ardiendo* (1979), *Yo que supe de la vieja herida* (1985), *Poemas de Quebrada de la virgen* (1985), *Hacia la noche viva* (1989), *La nada vigilante* (1996), *El esplendor y la espera* (2000), *Patria y otros poemas* (2008). En ensayo *El Dios de la intemperie* (1985), *El calidoscopio de Hermes* (1989), *Diario merideño* (1991), *El principio de la incertidumbre* (1994), *Crónica de la memoria* (1999) y *La otra locura* (2017).

Poesía

Hecha de costras,
de imágenes náufragas,
convexas,
refractarias como un vidrio ciego.
Hecha sólo de bruma y polvareda.
Opaca vanidad, interponiéndose.

El poeta anciano

Soy un poeta anciano
 un viejo periodista
 que está sentado
 mirando pasar la multitud
 la tormenta
 Todo fluye
 la vita non si finirà
 les digo a mis alumnos
 y les pregunto que
 dónde está Nahoma
 y nadie sabe
 Nahoma no viene a buscarme
 marcha con los fachos
 y me saluda de lejos
 aquí la esperaré
 cuando llegue
 subiremos la escalera de caracol
 y la contemplaré desnuda
 y curaré las heridas
 de su combate contra los míos
 Nadie lo sabe
 pero amo a mi enemiga
 y ella también me ama
 El viejo combatiente que soy
 espera pacientemente
 que ella regrese

Si el agua llegará al río

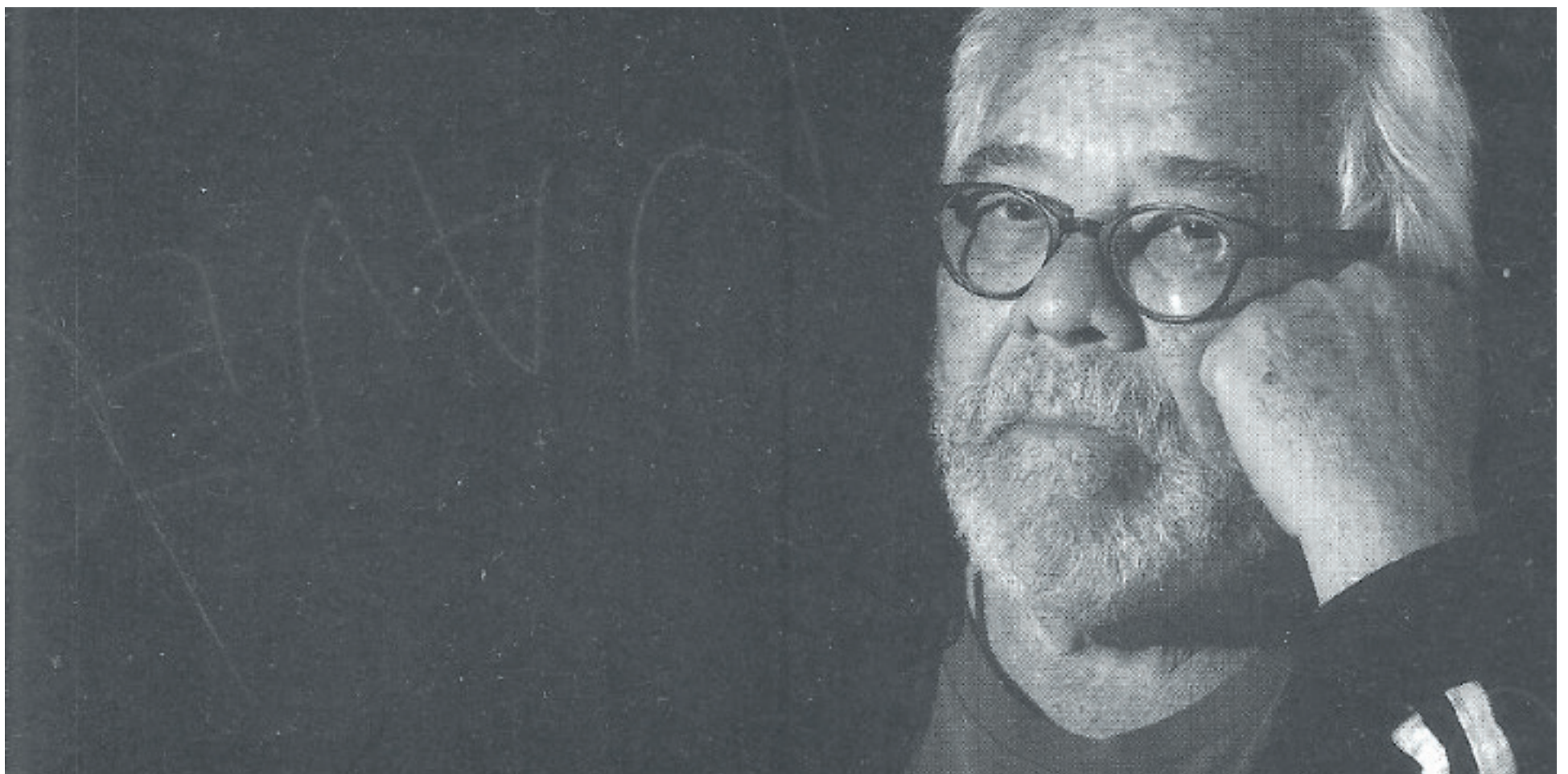
Si el agua llegara al río
 me refugiaría en el recuerdo
 de los que luchan
 en todas partes del mundo
 contra la injusticia
 contra la guerra

Blas Perozo Naveda

Pocas veces se presentó en las letras zulianas una situación de mayor insurgencia que cuando hizo su aparición en el Maracaibo de Udón Pérez el rutilante y ruidoso grupo *Apocalipsis*, o como cuando un poeta nativo de Paraguaná y estudiante de la Universidad del Zulia, de nombre Blas Perozo Naveda presentó sus dos primeros libros que se editaron: *Caín* y *Babilonia*, 1969. Las dos experiencias eran notoriamente radicales y de épocas distintas. *Apocalipsis*, agrupación fundada en 1956 por Hesnor Rivera para combatir el convencionalismo obsoleto de la poética rural y para, a título snobista, introducir las primeras notas del surrealismo por primera vez en Venezuela, mientras que Blas Perozo apostaba por la disidencia contra todo formalismo para devolverle al habla regional su fisonomía expresiva, salvaje, y una presencia oral y gestual que nunca había tenido en la poesía venezolana.

La poesía de Perozo Naveda echó raíces en esta propuesta, creció en esta apuesta y él le fue fiel durante todo su vida. Tal ímpetu no hizo sino crecer en la poética de Naveda y estalló en el periodismo, la crónica y la política, en la vida de este poeta que luego en compañía de otros colegas funda una agrupación conocida como el *Mara-cuchismo-leninismo*, cuyo primer manifiesto tuvo la fachada que le proporcionó el libro del propio Perozo Naveda titulado *Date por muerto que sois un hombre perdido*. Compromiso si se quiere iconoclasta, breve y compulsivo fusionado con otras poéticas que en la madurez de su vida condujeron al poeta a asumir un doble comportamiento en su existencia poética.

Por un lado la ciudadanía urbana que lo arrastró a una conducta moral representada por su papel de periodista y poeta comprometido. Y por el otro lado la presencia originaria de un sujeto rural y ecológico, el hombre memorioso de su lar y la patria, del paisaje y de sus ascendientes, representada en el más importante de sus libros: *Arbolario*.





*TIERRA-MADRE

Julio
Borromé

La poesía de la **Dinastía** T'ang

Elegimos a los poetas de la dinastía T'ang para acercarnos a la vida del pueblo chino.

Nos limitaremos a comentar aspectos fundamentales de un período histórico marcado por la Ilustración del Imperio y la certeza de una Edad de Oro. Hemos encontrado en los poetas tres grandes motivos: el viaje, la fugacidad de las cosas y la amistad.



EL VIAJE

El viaje en sí mismo no tiene ningún propósito. El viajero contempla la luna o escucha las campanas de un templo budista, allende las montañas. Monasterios, bambúes, praderas, montañas y flores en la impermanencia del paisaje no tienen masa, densidad, ni profundidad, la niebla las envuelve con lejanía. Son paisajes vivos y espontáneos. El vacío dejado por las formas cambiantes es de una generosidad inagotable. El paisaje crece y escapa a la mirada del viajero. El viajero contempla la materia bajo la cual nacen otras formas integradas al curso del universo. El paisaje es creación permanente y destrucción de las formas con las cuales ese estado de maravillosa interdependencia tiene su propio ritmo.

El viaje en los poetas de la dinastía T'ang queda patente en el destino del viajero en la confesión misma de no considerar el retorno como posibilidad. A lo sumo, está la inquietud, el retardo, la situación económica, la guerra, las decisiones erráticas, y la poca ambición por querer regresar al punto de partida.

El viaje de los poetas chinos se funde con la naturaleza y se hace uno con el bambú, las montañas y la brisa. El poeta nunca interroga su lugar ni tampoco hace juicio sobre lo que ve y siente en el río. La memoria no remonta el tiempo, ya nada sabe del pasado y del futuro. No gira sobre sí mismo, ni tampoco se fuga con su "yo" a recorrer libremente su fantasía. Por tanto, no se reduplica, no se aliena y no contiene deseos de retornar. El viaje del poeta chino no comporta un exilio porque no tiene espacio de la memoria, como sí lo habita el personaje homérico Odiseo y el errante judío que vaga por la tierra sin ser de ningún lugar. La casa del poeta chino está en la naturaleza y la naturaleza simboliza a la mujer, por eso en los poemas la mujer está transfigurada en la luna, la brisa, la música.

El viajero chino experimenta la filosofía del reposo en la práctica espontánea de vivenciar la condición efímera de la vida, donde no le viene dado un pensamiento especulativo, sino la contemplación e integración de la misma experiencia de la interdependencia de la naturaleza.

En los paisajes chinos nada está fuera del orden propio de la naturaleza y el poeta sigue el ritmo espontáneo como si fuese él mismo una extensión del río, la sombra del bosque de bambú o la nube pasajera. La contemplación del poeta no es un estado inerte o una actitud pasiva frente a la naturaleza. Aquel momento nunca más impregnará su memoria porque no racionaliza el regreso como sí lo anhela Odiseo. No hay retorno del poeta chino a los espacios de la subjetividad porque en su interioridad no está el mandato imperativo del deber ser, de la moral del héroe griego, sino la marcha en interminable búsqueda de la

Los poetas chinos se entregan confiadamente a la impermanencia, no porque hayan negado el mundo, tal cual como es, apegándose fielmente al nihilismo, no por haberse despertado la voluntad para la fatalidad y hacerle un lugar al pesimismo, sino por haber despertado a la realidad sin el velo ilusorio del "yo" y de las representaciones mentales que ese mismo "yo" juega a creérselas de verdad.

simplicidad de un instante. La naturaleza es un poder tan enorme que no puede ser definido exactamente; y los poetas chinos, en vez de definir ese poder, descubren y aceptan ese poder de creación y destrucción.

El paisaje silencia al viajero chino. El río, las nubes, la luna, la montaña, el bambú, la niebla y las flores son absorbidos en el estado de inmersión que conlleva una cierta estabilidad de la mente. La contemplación es la práctica de una filosofía del reposo en un medio de especial vibración al unísono con aquello contemplado. Y la consistencia es vacío porque la contemplación no proviene de la imagen proyectada, sino de la comprensión del vacío absoluto de las formas y de la mente cuando ésta se ha disuelto en la unidad, cuando renuncia a proyectar imágenes.

Esto tiene gran importancia a la hora de comprender la influencia del budismo y el taoísmo en los poetas de la dinastía T'ang. La superación del estado dual de la mente y la Iluminación es un proceso progresivo o súbito, sin participación de la voluntad y la representación, aunque la voluntad no intervenga es necesaria en un primer nivel para la atención despierta, y en cuanto a la representación, como no hay separación entre el sujeto y el objeto, el poeta experimenta la unidad de esa inmersión, en la filosofía del reposo, por vías del estado contemplativo.

Los viajeros chinos pueden navegar por el río o caminar entre montañas. Los chinos pueden quedarse en la aparente inmovilidad de la experiencia meditativa o andar por los caminos despreocupados, y sin ningún motivo, contemplar las flores de bambú a orillas del río.

La experiencia es descrita por muchos poetas como embriagadora. La experiencia de la totalidad es un estado de embriaguez acompañada de una calma suprema.

Es la vivencia del estado no dual donde el sujeto no experimenta separación con ningún otro ser vivo, siendo el Tao lo más propio de cada uno, y es también lo más común a todos.

El poeta que viaja en su barca o asciendo a una montaña para contem-

plar los cerros rojos o encontrarse con un amigo halla la unidad del universo en la experiencia de la filosofía del reposo. Los poetas chinos nos dicen que después del inicio del viaje no hay retorno.

El poeta Han Yü contempla, escucha, siente y describe su viaje a un monasterio, y pregunta:

*¿Por qué los afanes de los humanos
han de atarle, por así decir,
con bocado y brida?*

*Quisiera poder decir a mis amigos;
¿Cómo no desear envejecer aquí,
y por qué debería regresar al hogar?*

El poeta Li Shang-Yin responde a un amigo:

*¿Me preguntas cuándo regresaré a casa?
Y contesto: No estoy seguro
cuándo he de volver;*

El poeta Sung Chih-Wen en el poema inscripto en los muros de una estafeta al norte del Ta-Yu compara su propio viaje de no retorno con el viaje de los patos:

*En el décimo mes los patos salvajes
vuelan hacia el sur,
Llevan su migración hasta cierto
punto y luego regresan;
Pero mis viajes
jamás tienen fin.
¿Cuándo será el día
en que llegue a mi hogar?*

El poeta Wang Wei nos comunica su experiencia:

*Y algún día encontraré
al viejo leñador
Y charlaré y reiré
sin retornar jamás.*

El viaje de los poetas de la dinastía T'ang nunca llega al final de la travesía. Los viajeros nunca llegan a la noción del retorno por el deseo de un estado emotivo. Cada lugar donde transcurre el viaje es un lugar de tránsito y contemplación donde se originan nuevos indicios de la realidad, de una realidad de impermanencia y de nuevos indicios de inmortalidad.

LA FUGACIDAD DE LAS COSAS

En los poetas de la dinastía T'ang hay mayor sensibilidad acerca de la fugacidad de las cosas y hay un saber intuitivo de que la existencia es finita frente a la Naturaleza. El indicio de la relación fugaz entre el poeta y el mundo externo es el reconocimiento de la transitoriedad del hombre y de la apariencia de las cosas. Los poetas chinos se entregan confiadamente a la impermanencia, no porque hayan negado el mundo, tal cual como es, apegándose fielmente al nihilismo, no por haberse despertado la voluntad para la fatalidad y hacerle un lugar al pesimismo, sino por haber despertado a la realidad sin el velo ilusorio del "yo" y de las representaciones mentales que ese mismo "yo" juega a creérselas de verdad.

Los poetas chinos experimentan el vacío desde la frágil condición de mortales y de los sentimientos que de ella derivan, la tristeza, la soledad. Es la condición de un estado de aceptación y fortaleza que admite la única certidumbre de la cual no pueden apartarse, el fin y la transformación de todas las cosas.

La muerte no depende ni de las cosas del mundo exterior ni del mismo poeta. En la cultura china, la muerte es tan natural y espontánea que el poeta puede ver, como expresión de la caducidad de las cosas, la íntima correspondencia y analogía entre la textura de una rama seca y su cuerpo enfermo.

El poeta opera dentro de una idea de trasmigración que exige la búsqueda de la inmortalidad en la práctica de la alquimia o en la meditación donde experimenta el estado de integración al continuo de energía del universo integrado a todos los seres.

Otra de las maneras de soportar la existencia es la ingesta de vino. El vino establece un puente entre lo visible y lo invisible. El vino es el intermediario entre la tristeza y la celebración de la vida del poeta. El vino despierta el sentimiento de aceptar la vida con sus reveses y triunfos, y constituye para algunas tradiciones una trasgresión o la comunicación directa con la divinidad. El vino actúa en el poeta como un elixir de olvido. No nos extraña que el poeta Li Po beba el famoso shao chiu (vino quemado) para olvidar. Este vino es de color amarillo, el color de los taoístas, el color solar. El vino es una constante en los poetas chinos y es la expresión más sublime y elocuente de la tradición árabe y persa.

La condición efímera de las cosas está en la visión fugaz con la cual el viajero contempla la caída de una hoja que nunca regresa a la rama del árbol.

Los cambios en el paisaje, la experiencia de la fugacidad, del quedar prendado de un instante y saber que ese instante no sobrevive, son las razones por las cuales el poeta expresa un sentimiento de pesar profundo acerca de la vida.

→

→

La tristeza no se puede eludir y el poeta compensa ese sentimiento si bebe vino en compañía de “una persona vestida de paisano” (Li Po) o en compañía de la luna, tocando el laúd a orillas del río.

La tristeza que experimentamos al leer los versos de los poetas de la dinastía T'ang es la tristeza aliada al coraje y a la audacia en aceptar la vida, a pesar de las despedidas y de la plenitud de vivir el instante que no vuelve y se hace eternidad en la brisa o canción bajo la luna. Es la expresión de la otra tristeza, de la cual nos habla el poeta venezolano Gustavo Pereira: “De pronto es una invasión de sed, una súbita conciencia de pequeñez, de finitud, un vago presentimiento, un hilo secreto.

Parece la tristeza de los poseídos por las dudas, la de quienes vivieron otras vidas. Es la tristeza de los amantes, la de los pájaros solitarios, la personal y honda y ósea melancólica del corazón.”

¿Cómo se nos manifiesta la fugacidad de las cosas en los poetas de la dinastía T'ang?

Desde luego por la poesía, por su propia poesía. Y esta poesía efímera ella misma traza su evidencia poética de verdad.

De aquí su imagen, su movimiento, su instante, y su expresión viva, que abre sonoramente el silencio y la soledad a los poetas. Los poetas chinos comprenden que la naturaleza es permanente transformación de las cosas

y el hombre mismo es más que la experiencia de la individuación.

La naturaleza tiene el poder para velar su propio paisaje, y para volver a velarlo (re-velarlo) ante el poeta, cuya atención despierta logra sumergirlo en el mismo momento cuando ocurre.

Es un acto espontáneo del poeta estar en contacto con el todo, y depende de la apertura a la situación, es decir, el modo de estar inmerso en la corriente del universo. Es un modo desinteresado de percepción donde no hay finalidad sino vivencia. Es la experiencia del poeta en la sucesión de llenos y vacíos, de ritmos y silencios, de la continua impermanencia de lo creado.

Si nada permanece en el paisaje, aunque resulte paradójico, no es porque todo fluya, sino porque nada tiene consistencia. Entre lo que fluye y la impermanencia de las cosas, la noción de vacío sabe anudar hábilmente los hilos de la trama de la naturaleza. Es un concepto intermedio que no anula ninguno de los polos opuestos, sino que los trasvasa recíprocamente el uno en el otro.

Concentremos la atención en estos versos de Li Po. Estos nos convocan a vivir íntimamente la “dignidad de nuestra propia naturaleza”, según la expresión de Kant en lo bello y lo sublime. Apreciemos, también, en los dos últimos versos del poema (II), una reminiscencia de los versos de Jorge Manrique en *Coplas por la muerte de su padre*: “Nuestras vidas son los ríos/ que van a dar en la mar/ que es el morir.



La poesía es la condición de espera, en el sentido de hacer de la ausencia el lugar para el encuentro de dos almas afines que por circunstancias están lejos, si se tiene la paciencia y la modestia de escuchar el corazón del otro.

I
*Ni el agua que transcurre torna a [su manantial,
ni la flor desprendida de su tallo
vuelve jamás al árbol que la dejó
[caer.*

II
*Aquí fue la morada antigua del [rey Wu;
libre crece la hierba hoy sobre sus [ruinas.
Más lejos, el inmenso palacio de los T'sing, antaño tan suntuoso y tan [temido.
Todo eso fue y no es, todo llega a su [término.
Los hechos y los hombres viajan [hacia el morir,
como pasan las aguas del Río Azul [a perderse en el mar.*

III
*Fugitivo relámpago es la vida,
que apenas si da tiempo a sentir su [pasar.
Inmutable es la faz de la tierra y [del cielo;
mas cuán súbito el cambio de nuestro [propio rostro.*

LA AMISTAD

La amistad entre los poetas chinos es un canto a la belleza y a la hermandad. Los poetas cultivan la amistad en situaciones difíciles de la existencia. La amistad es el suelo afectivo, el común origen, que es tanto como decir la búsqueda de la compañía en una sociedad cada vez más incierta por motivos bélicos, de poder y del destierro. El hallazgo de la amistad es posible a través del amor y del dolor, o de cualquiera sentimiento, es decir, amor, dolor, alegría, elevados a la categoría de experiencia compartida.

Los poetas chinos conocen y aceptan la fragilidad de los vínculos humanos, el cambio permanente de la naturaleza, la guerra, la persecución por motivos religiosos y la decadencia de los imperios. Así cultivan la amistad y actúan según el orden de factores que posterga el contacto, la ausencia temporal o la separación definitiva. La amistad es un modo de sentir. Una disposición de ánimo, un estado de apertura y de valor consistente. Si algo permanece entre los poetas chinos, más allá de las dificultades, es precisamente la amistad.

La amistad, pensando en Li Po y Tu Fu, nos invita a pensar la semejanza y la convicción de preservar los afectos por quienes celebran la vida, aun aceptando los estragos que produce el tiempo, y las decisiones de los hombres en cuanto las mismas deben velar por la tranquilidad y la concordia de sí mismos y de la sociedad. Las decisiones de los hombres están marcadas por la ceguera y el apremio sobre el asunto que los inquieta. Los budistas definen este estado de confusión con la expresión *avidya*, que significa no sabiduría.

La amistad evita la desolación y ofrece un vínculo imperecedero sentido al dolor de la soledad y de la distancia. La amistad cura a los poetas y ayuda a sobrellevar la ausencia y la tristeza, porque quien tiene un amigo nunca está completamente solo. La cura de la soledad supone una integración, o, por lo menos, la voluntad de integración mediante la práctica de una cierta complicidad entre dos, a pesar del destino que lucha por separarlos, y por extraña paradoja, el destino separa a los que más se quieren.

Pero también el destino trabaja por el acuerdo de fondo, en el caso de Li Po y Tu Fu, de querer lo mismo: la poesía.

La amistad de los poetas de la dinastía T'ang representa el modo más sincero de expresión de vida. La amistad consiste en la apertura fundamental del hombre y de las posibilidades de experiencia compartida, no en las instituciones y la moral al mejor estilo de los romanos y de los neconfucianos, sino en la vivencia de la aceptación de la fugacidad de la vida. El carácter efímero de la existencia se presenta así como el auténtico vínculo entre la amistad y la poesía, en la medida en que quiere aludir a hechos existenciales concretos.

La amistad en los poemas de Li Po y Tu Fu trasciende una cierta amistad institucionalizada al servicio de los intereses mezquinos de los hombres y del poder. La amistad auténtica se pone del lado de los que alcanzan la presencia plena del amigo ausente o si deciden juntos caminar por las difíciles laderas del sueño. He aquí un poema que Tu Fu dedicado a su entrañable Li Po:

*Ya tres noches seguidas he soñado [contigo.
Estabas a mi puerta,
pasándote la mano por el blanco [cabello,
como si una gran pena te acibarase [el alma...
Al cabo de diez mil, cien mil [otoños,
no tendrás otro premio que el [inútil
de la inmortalidad.*

La amistad es la experiencia de compartir la vida, y cuando decimos vida, nos hacemos eco del dolor de los seres humanos frente a las propias circunstancias y las del destino. Dice Oscar Wilde, “donde hay dolor hay un suelo sagrado”.

Este sentimiento de profundo contenido humano es el que suprime toda diferencia de clase, y aun en la ausencia del amigo o de la esposa, el reconocimiento de la radical identidad de todo lo que compete al hombre es efímero. Lo efímero es el último sentir de los poetas, y no hay otra forma para expresar dicha fragilidad que la poesía.

El dolor puede venir de la misma existencia, de la muerte de un hijo como le ocurre a Tu Fu, de las difíciles

condiciones económicas, sociales y políticas o de los desastres naturales que cualquier sociedad padece en algún momento de su agitada conformación histórica, por ejemplo, los terribles años 750 a 754, durante la dinastía T'ang. La poesía celebra la amistad, y en adelante, el sufrimiento no es un cambiante mecerse en el infortunio y en la queja ontológica, sino el reconocimiento y la aceptación de esos mismos hechos que ninguna sociedad ni los hombres pueden prevenir y sí enfrentar con voluntad y coraje.

La amistad para los poetas chinos es el vínculo que permanece más allá del encuentro fortuito o del mutuo acuerdo. La condición que hace posible la amistad es la vida misma en la poesía.

La poesía es la condición de espera, en el sentido de hacer de la ausencia el lugar para el encuentro de dos almas afines que por circunstancias están lejos, si se tiene la paciencia y la modestia de escuchar el corazón del otro.

Si los poetas llegan a encontrarse es un momento de encuentro sencillo y pleno, donde hay más silencio que palabra, más fortaleza que debilidad, más unidad que dispersión.

La amistad de Li Po y Tu Fu, tanto en el plano de la presencia como en la ausencia, está unida por la poesía. La poesía es la que los une en un plano de mayor cercanía y convicción de que la vida no es posible sin el cultivo de la amistad, y esta convicción tiene raíces poéticas.

La vida y la poesía no están del todo completas sin el amor que brota de aquella unidad. La despedida es motivo más que suficiente para que el poeta filosofe sobre el carácter efímero de la existencia, filosofe y olvide, compartiendo una copa de vino.

Vamos a transcribir un poema de Li Po donde se pone de manifiesto el valor de la amistad:

*Iba a embarcar en el sampán
cuando de pronto oí
ruido de pasos y, en la ribera,
[una canción.*

*Erais tú y tus amigos que veníais
[a despedirme.*

*El Lago de las Flores de Melocotonero
tiene mil pies de profundidad,
pero no puede compararse,
[oh Wang Lung,
con la profundidad del cariño
[que siento por ti.*

El viaje, la fugacidad de las cosas y la amistad son momentos inseparables de la vida de los poetas de la época de la dinastía T'ang (618-906). En esta poesía no hay lugar para la trascendencia ni para la repetición. El instante es vivido y la vida no viene antes ni después.

El poeta chino no se pregunta de dónde viene el viajero que pasa por el río y en qué consiste el pasar mismo. El viaje sucede y ya, como pasa la vida en la "angustia del tiempo fugacísimo" (Wei Yin Wu).

Taneda Santôka

Un pedazo de cielo

una piedra,

una hoja seca:

de golpe
la vida entera
sucede para ti

Parpadeas y logras
detenerla

cabe toda en ese instante

Enamorarte
es tan rápido y
violento
entonces

que nadie más nota

el albor,
el sonido

de lo que se rompe

cuando la vida
da su ancho

Sólo tú pudiste
verlo

en ese pedazo de cielo,

esa piedra,

esa hoja seca

que se repiten en ti.



2 poemas inéditos de Freddy Nández

Petare, Miranda, 1976



Aquel almanaque chino

En aquella
casa sin ventanas,

recuerdo,

colgaba un almanaque
chino

Me gustaba
porque en abril

lucía
una pintura donde
parecía entrar
la noche

Zheng Xie

siglos atrás
había imaginado
con su pincel
un bosque

que por años fue mi lámpara

Algunas veces
del trazo de esa luz
se asomaba
un Panda

Entonces,
esa vecindad lo era todo

A veces yo
balanceaba los marcos

de ese calendario
desgastado

y aquel temblor en
la imagen
era una
gramática
de animales
solitarios.

II

No fui capaz
de despegarlo

ni llevar
conmigo
el secreto de aquel
cuadro

Me gusta contarle a mi hijo
que ciertamente

hubo un tiempo

en que
vivimos dentro
del bosque

y que en
el cielo
colgaba
una pintura antigua

donde el mismo
Zheng Xie
imaginó
una casa cerrada

habitada por
un animal
de sombras.



Karibay
Velásquez

A propósito de El hombre que amaba las islas

[de D. H. Lawrence]

Hay en el interior del planeta, en su energía subsuperficial, una fuerza transformadora que resulta en la emergencia de pequeñas porciones de tierra que llamamos islas. Ora por la expulsión de gases acumulados que terminan en una crisis volcánica, ora porque son montañas de plataformas continentales que se resistieron a desaparecer, las islas dependen de una potencia geosférica, como si de golpe el planeta encontrara nuevas posibilidades de renacer. Al aquietarse el movimiento, la isla no es sino el pedazo de tierra que sobrevive a la deriva, silencioso, atemporal; ruina apenas de la violencia telúrica. ¿No es también así el movimiento que hace el alma hacia su liberación? ¿No nace acaso del vigor interno del hombre la necesidad de configurar un espacio vital que escape de los límites del tiempo? Si lo pensamos, una isla no tiene fronteras, o mejor dicho, sus contornos se confunden con el mar. Y en su sostenerse a flote el tiempo pasa y no pasa. ¿Y no es también vestigio del silencio que fuimos, de la nada que nos resiste, eso que nace como deseo de conquista personal? Como una isla, lo irreductible a lo humano —ese silencio del que hablamos— flota en nosotros y es promesa indefinida e inagotable.

En “El hombre que amaba las islas”, de D. H. Lawrence, asistimos al desafío de quien se propone arrasar con todo orden para recobrar al fin el silencio originario. No se trata de un hombre que quiere estar solo, alejado del tumulto de la ciudad. Sus islas y aún más su deseo de insularidad, son símbolos de la desorganización humana de aquel que halla en el intersticio lo real y desde allí recrea una nueva existencia. El interés del protagonista (a quien conoceremos como el señor Cathcart) se centra en las cosas que calladamente se desvanecen, pues en esta acción reside su permanencia. Qué mejor metáfora que una isla, donde el silencio primigenio resiste apenas y es ráfaga de viento en medio del bramido inquietante del mar. Esta porción de tierra, inasible en su evanescencia, es una suerte de lugar sagrado. La vida surge en su abandono. Somos nosotros quienes nos empeñamos en poblarla de sentido: edificaciones, sonidos, tensiones. Por eso la huida del señor Cathcart es hacia adentro, una

suerte de ensimismamiento para alejarse incluso de los espectros que allanan su primera isla. Y claro que lo hará levantando sus propios monumentos, que no se comparan con las catedrales (lugares que tenemos como sagrados en tierra firme) cuyo aguante temporal “se le antojaba un perpetuo aullido”.

Sus intentos hacia el silencio no estarán libres de dudas y reproches. Su primera isla, de todos modos muy cerca del mundo temporal del que huye, la siente como el espacio donde surgen los “terrores de la infinitud”. De noche, cuando todo parece detenerse, lo otro infinito bulle y “los carros de los llamados muertos avanzan raudos por las viejas calles de los siglos, y las almas se amontonan en los caminos que nosotros, en el momento, llamamos años pasados”. Eso otro infernal emerge como islote en el centro de su pequeña tierra, en la oscuridad que se revela cuando la vida retrocede a la nada. Y, ¿quién dijo que la búsqueda personal no le haría sentir en sus entrañas el terror que produce librarse de los acontecimientos que fluyen con sus horas medibles, cuantificables? El hombre parece estar en una batalla cuerpo a cuerpo con el silencio circundante, es como si ante cada emergencia de isla en su interior, la atención se centrara en acercarla a tierra firme —llamémosla hechos, acontecimientos, realidad, historia: lugares de defensa que levanta ante el vacío. Pero eso que principia como miedo, palpito en las tinieblas, funcionará también como posibilidad.

Así pues, veremos cómo para librarse de las inquietudes que le produce su aislamiento, nuestro protagonista llenará su isla de historia material. Quería hacer de ella una suerte de paraíso: “un diminuto mundo de pura perfección, hecho por el mismo hombre”. Pero, ¿existe tal perfección? Si ha de existir, sería precisamente en una isla tan parecida a tierra firme, cuyos misterios ahuyentas con el estruendo de tu voz y en la que te empeñas en replicar “la superioridad” de aquello de lo que huyes. Frente a cada muro, casa, estructura, el silencio se detiene. La mudez deja lugar al grito que se confunde con otros dentro de la maquinaria del tiempo. Quizás nuestro isleño no lo sepa, pero su *Isla Feliz*, llena “de su propio espíritu refinado, como una flor”, se convirtió en un diminuto lu-



gar modelo. Y no la abandona porque haya fracasado en ese intento de orden. Lo hace porque en ella, como le sucede en la ciudad, está perdido. Sólo en sus entrañas siente lo otro, la sombra apenas que le sostiene, una realidad que se produce en lo más íntimo. Contemplando el horizonte desde el borde de su primera ínsula, éste le resulta límite más que una invitación al ser.

Cathcart se instala en una segunda isla, mucho más pequeña que la anterior, y en ella vive con un reducido número de personas, todos sus libros y con la tarea meticulosa y absorbente de tomar nota de arbustos, rosas y cuanta flora crece en su islote.

Ya no existe en él el deseo de perfección: su tierra a flote se convierte en un refugio. No hay espectros en esta isla, y si los hay no les teme. Su alma tranquila y callada, como una planta marina, está atenta a los sonidos del mar: “fuerzas explosiones, ruidos sordos, extraños y largos suspiros y ruidos silbantes”. No obstante, a pesar del sigilo de él y sus acompañantes, de los murmu-

llos que emiten para no alterar la voz del océano, todos ellos son apenas aves viajeras que visitan el misterio de la isla. Como pájaros que al migrar paran a descansar en ese lugar. Y mientras tanto, la promesa originaria en el interior de Cathcart, va sufriendo los efectos de la erosión: una sensación de frustración va horadando los bordes de su islote hasta hacerlo desaparecer. Entonces huye mar adentro.

Y es que abandonarse al silencio no se trata de aislamiento o incomunicación. De lo que nos habla D. H. Lawrence es de ir a los límites de lo humano, entregarse a una fuerza transformadora que se da en el interior del ser al expulsar su “magma” a la superficie. De la formación de un espacio vital que se realice en su alma y en el que no se pueda sino ser dueño de sí mismo. Una isla, en fin, que sobrevive a la destrucción de todo lo configurado como realidad, y que es afirmación del silencio originario, de la nada que nos hospeda, cuya materia es la posibilidad misma. Al respecto, dice María Zambrano, que de toda ruina (y una is-

la, lo hemos dicho, lo es), “emana algo divino, que brota de la misma entraña de la vida humana; algo que nace del propio vivir humano cuando se despliega en toda su plenitud sin que haya venido a posarse como regalo concedido de lo alto; algo ganado por haber apurado la esperanza en su extremo límite y soportado su fracaso y aun su muerte: el algo que queda del todo que pasa”.

Y eso que queda es precisamente la tercera isla de Cathcart: “su pequeño dominio, siempre vuelto al incesante e inquieto mar”. El lugar sin lenguaje, el gran silencio. Su isla desnuda y sin relieve, sin arbustos que se alcen agresivos como la gente de la ciudad, está lejos de ser símbolo de lo vacío, pues ella contiene todo el ensueño de lo humano y su deseo de liberación, que sólo surge en la contemplación desde la orilla de una mar pálida y serena que le rodea. Y ese contemplar es fascinación pura que sólo se explica porque esta acción apura la tragedia y alienta el nacimiento de lo otro aprisionado en el tiempo. Y la tragedia, digámoslo

De lo que nos habla D. H. Lawrence es de ir a los límites de lo humano, entregarse a una fuerza transformadora que se da en el interior del ser al expulsar su “magma” a la superficie.

también con Zambrano, conduce al hombre “desde su estrecho mundo privado a un lugar donde todas las cosas humanas le son propias; donde nada es extraño, le sitúa en el ancho horizonte de la vida real (...); le hace ser (...) no el sujeto de su pequeña vida particular, sino el sujeto de la vida humana sin más”.

Lejos de habitarla, el autor nos muestra cómo nuestro protagonista se abandona a lo desconocido en esta tercera isla que es la definitiva. Se libra de

las ovejas, cuyo balar y tropiezos en las rocas producen un ruido seco y áspero que no le es propio a su ínsula. Comprueba con satisfacción que la gata que lo acompaña ha desaparecido y con ella los maullidos agudos y penetrantes que interrumpían el gran silencio. Su misma voz también se apaga. Todo esto se le antoja sucio de tierra. Y así llegan los días de inviernos a su alma, tan oscuros y fríos como los que se dibujan en el paisaje de la isla. El viento denso y la mar inquieta, afuera y dentro, forman una muralla a su alrededor. Su pequeña cabaña débilmente iluminada, con cajas de libros apiñadas sin abrir, cartas aún en su envoltorio, nos devuelven la imagen del desorden que se produce en el alma del isleño, una transformación pasiva y dolorosa que le develan una nueva realidad atemporal, donde el día y la noche se confunden y su alrededor se vuelve fantasmagórico. En este espacio lo humano se aniquila y el silencio, poblado por otros (el de la nieve que cae, el aleteo ausente de las aves marinas que migraron de la isla), merodea el lugar.

El hombre no sabe lo que busca ni lo que ha ido a ver en esa lejanía; se queda “durante largo rato con los ojos fijos, aquellos ojos de mirada remota, penetrantes y azules, contemplando con una expresión ardiente, casi cruel, el mar oscuro bajo el cielo oscuro”. Y en ese contemplar también descubre el movimiento de la vida y la presencia de una realidad más íntima. No sabremos si esta isla en su alma se mantendrá a flote, aunque sí conoceremos de la mano de D. H. Lawrence que al final Cathcart se resistió a ella: con mal humor lo vimos tratando de escapar de su abstracción, transformando —sin reparar en ello— su tierra árida en una en la que se alzaban colinas blancas “y éstas eran inaccesibles y humeaban como volcanes, pero con polvo de nieve”. Sin embargo, resistirse a los elementos ya es tarde para quien ha recuperado lo originario. Se rinde así a la nada y se pierde en ella, digo bien en el misterio de eso otro que es el silencio que hunde a todas las palabras. En el abandono él también es murmullo del mar que abraza su isla sin límites.



*DIARIO DE LAS REVELACIONES

Gustavo
Pereira

Las ondas prodigiosas

Vecino al mar como he sido desde siempre y embargado desde niño por la fascinación de su sola presencia, pienso en los aún no develados enigmas de muchos de los seres asombrosos que lo habitan y me pregunto qué secreto impulso instintivo o qué lenguaje indescifrable transmitido a la velocidad del pensamiento permite, por caso, a los cardúmenes de sardinas y otros pequeños peces cambiar cual relámpagos su curso, impulsados por un repentino resorte biológico, para eludir la cierta o supuesta amenaza, a veces ni siquiera visible, que perciben.

Recuerdo haber leído a mediados de los ochenta, en una revista científica que aún conservo entre las publicadas en la Antigua Unión Soviética, un texto que trataba justamente sobre ello. Al encontrarlo veo que está firmado por V(ladimir) Mezentsev y en él hace referencia a un lenguaje todavía arcano e incomprendible para nosotros, el de las ondas electromagnéticas, objetos de estudio de un neurólogo italiano que a comienzos del siglo XX, mediante la hipnosis, había logrado detectarlas en el cerebro humano en los diapasones centimétrico y métrico, es decir, en forma de ondas hertzianas. El mundo científico de entonces, al no existir evidencias concretas e incontrovertibles, puso en duda los resultados del experimento, pero las impulsiones electromagnéticas generadas por los organismos vivos se comprobarían años después cuando se lograron construir instrumentos ultrasensibles capaces de detectarlas.

Uno de estos aparatos, creado por el científico P. Galiaév en la Universidad de Leningrado, pudo captar tales biocampos y conectado a un altavoz electro-

dinámico mediante un amplificador dejaba oír los sonidos emitidos por los mismos.

Se supo así que el lenguaje del corazón se oía como el de un viejo reloj de pared, que las corrientes biológicas de los músculos en actividad se escuchaban como ráfagas de ametralladoras, del mismo modo que cobraron sonido las voces magnéticas de los abejorros y los escarabajos y hasta de los mosquitos y las mariposas.

Era apenas un comienzo, pero un comienzo incontestable.

Probar experimentalmente que los seres vivos irradian ondas electromagnéticas que de algún modo procrean relaciones transensoriales con el medio ambiente, llevó a pensar que la información percibida por los sentidos se graba en nuestro interior del mismo modo que los sonidos en una cinta magnetofónica.

Podríamos hablar en consecuencia, y esto es lo maravilloso del espíritu creador acicateado por la duda ante lo desconocido, de dos tipos de transmisiones de información en todo organismo vivo y en el humano en particular: el que se genera por las vías nerviosa y psíquica, y la “radiocomunicación” molecular y celular que permitiría relacionarse a distancia, extrasensorialmente, como tal vez hagan los pequeños peces que en la placidez del mar nos asombran cuando en rápido centelleo burlan al supuesto depredador. O como tal vez sucedió y sucede con los amantes que sin haberse visto nunca antes saben desde el instante en que se ven por vez primera que el misterioso hálito que de repente los acercó, puede vencer el tiempo, y al igual que el cardumen de pececillos, la distancia.



Diario de las revelaciones

Gustavo Pereira

colección poesía
acirema

Publicamos en este número, un adelanto de *Diario de las revelaciones*, de Gustavo Pereira, un libro, que según el mismo autor, reúne “dudas, presunciones y certidumbres, dispares semblanzas recobradas, evocaciones de lecturas, vivencias, discernimientos y abismos que el tráfigo cotidiano prodiga o cobra sin desmayo a quienes, insurrectos irremediabiles, buscan en ellos razones y sinrazones que logren sustraernos de los cepos persistentes o de la confusión enseñoreada.”

Este nuevo título de la editorial Acirema estará disponible en septiembre de 2020.

Emiliano
Trujillo Sánchez

Woody Allen, entre sombras y niebla



¿Por qué refiero yo estas canalladas? Para que ustedes, señores míos, sepan que todo esto perdura, ¡perdura! A ustedes les gustan los horrores inventados, les gusta lo terrible referido de un modo bello, lo espantoso cuando es fantástico les emociona a ustedes gratamente... pero no es posible ser sentimental, como tampoco es posible ocultar la terrible verdad recubriéndola con los vivos colores de la bella mentira.

Hay que acercarse más a la vida, ¡acercarse más!
MAXIM GORKI

La voluntad es lo que puede darte el triunfo cuando tus pensamientos te dicen que estás derrotado. La voluntad es lo que te hace invulnerable.
CARLOS CASTANEDA

A propósito de *Sombras y niebla* del realizador Woody Allen. La situación, desde un principio, establecida, hace que resulte inevitable pensar en Kafka. Aquel hombre nervioso, hipocondríaco, es arrebatado del sueño, de la cama

donde, sin imaginarse lo que le aguardaba, seguramente se acostó inventando las frivolidades de una vida que por violentas, arbitrarias, ¡primitivas!, determinaciones ajenas, no volvería a ser la misma.

Un asesino anda suelto y una cuadrilla de vigilancia vecinal irrumpe en el dormitorio de aquel hombre interpretado por uno muy parecido a él. Hacen que se levante y salga de su habitación a la calle, donde dijeron que lo esperarían, donde él mismo no encuentra a nadie que le diga cuál será su participación en “El plan”. De este último le hablan como ¡algo de lo que ya debería estar al tanto! E ignorante del plan miliciano que, desde entonces hasta el final no será —para él— revelado, empieza a caminar entre sombras y niebla, personas y situaciones que, para efectivo sufrimiento, angustia, impotencia del espectador, lo van convirtiendo en el principal sospechoso de los crímenes, por los que será objeto de un absurdo juicio civil presidido por “El clarividente” que lo condenará a muerte.

Sucede entonces lo inesperado: Consigue zafarse del corro que se estrechaba en torno a él, y su fuga le conduce a las instalaciones del circo donde el verdadero asesino a punto se halla de cometer otro crimen. Volviéndose una suerte de señuelo, una carnada, Clyman —nuestro kafkiano protagonista— consigue salvar a la mujer en que nuestro asesino pierde todo interés; ahora lo persigue a él.

No antes de que Clyman encuentre al mago del circo —de cuya mágica rutina, por cierto, es fan— poniéndole al tanto de la persecución que le viene dando aquella personificación del mal, no antes de esto, el asesino da con ellos, y conforme se dispone a matarlos, el mago, con ayuda de Clyman, realiza una serie de trucos que acaban por encadenar al estupefacto criminal. Habiéndole contenido empiezan a gritar solicitando la ayuda que, en breve, se materializa en gran revuelo de pasos y exclamaciones de quienes, al estar cerca, dan aviso de adónde deben ir quienes aún no lo sepan. Al fin penetra en la carpa un numeroso gru-

po de hombres en mangas de camisa y algunas mujeres, todos igualmente dispuestos a usar los palos, rastrillos y las hoces con que vienen armados. La cámara se había centrado en el punto de acceso a la carpa y al momento en que nuestro mago y su ayudante señalan hacia donde, hará unos cuantos segundos el criminal se hallaba encadenado a una silla, este ha desaparecido. Dada la general decepción de los concurrentes, surge una que otra insinuación de que el mago “bebe mucho” y en caso de que aquello fuese cierto se trataba de un criminal que además era “mejor mago que él”. Ello no obstante, nuestro mago, convencido de lo que acaba de suceder, argumenta que incluso de haberse tratado de un poderoso hechicero se pudo, a lo menos, detenerlo por un momento, “¡asustarlo, quizás!”, y le sugiere a Clyman abandonar la ciudad con el circo, sugerencia que —no sin la característica indecisión de los personajes de Woody Allen— acepta.

Cerca del final, en el último encuadre donde serán vistos, menciona Clyman a su maestro cuán intrigante halla el que pudiera el asesino zafarse de tan pesadas cadenas. El desconcierto que también el mago confiesa es —a respetuoso título personal— la más clara de todas las explicaciones: ¡El mal tiene poder!, un poder tan sorprendente como el que le hace frente y de cada quien es la decisión de creer o no, en lo que muchas veces no da otra impresión que la de ser un truco de magia.

—No es que gusten de mis trucos— algo así responde el mago a su nuevo aprendiz, luego de oírle comentar acerca de la opinión general de su público —no gustan de ellos... ¡los necesitan!— Y agitando suavemente las manos en el aire hace que ambos desaparezcan.

Nótese que en modo alguno Allen transgrede su estructura kafkiana; el mal perdura, ¡se zafa! Siquiera un poco cerca debemos estar del mensaje implícito en esta película escrita, dirigida y estelarizada por un realizador cuyos personajes —los que él mismo interpreta— generalmente están desesperados, buscando razones para no darse un tiro en la cabeza. La vida es sufrimiento, la opresión de la maldad sobre el bien que va muriendo en los oprimidos, los muertos, los ultrajes de la guerra; los muertos, los ultrajes de la delincuencia y el chisme en tiempos de paz, ¡de acuerdo! Sin embargo, no claudica la voluntad de adquirir el conocimiento, el dominio de las artes que a la oscuridad pueden, unos instantes, contener, “¡asustarla, quizás!”... siquiera un instante.

*Fotograma de la película de Allen.